

Hoja informativa nº 101 • octubre 2020
 De la obra solidaria que Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid)
 realiza en Tamahú, Guatemala

A Dios rezando...

Fátima Guzmán



... con el mazo dando. Todos sabemos que los refranes, viva expresión de la sabiduría popular, no acostumbran a ser engañosos. En nuestro caso, su funcionamiento es perfecto. De hecho, aunque el rezo lo pongamos todos, tampoco faltan por fortuna los oportunos mazazos de varios benefactores, sin cuya ayuda pecuniaria nuestros esfuerzos «extra» en la misión de Tamahú resultarían estériles. Sus generosas aportaciones nos permiten llegar hasta donde no hubiéramos imaginado. Solo resta pedir a Dios que continúe el goteo de donativos. Sin él, nuestros desvelos mal podrían plasmarse en hechos.

He escuchado en más de una ocasión que... ¡Fratista somos todos! La reacción de algunos bienhechores me está demostrando que no es solo una frase. Sin rebasar el coto de la modestia, Fratisa –con su ayuda– está dando con un mazo (sigue la hipérbole) que, además de atender a un número considerable

de enfermos, alivia la hambruna de unas 2.500 familias. Y casi una veintena, hasta la fecha, han podido trocar el misero cuchitril en el que vivían por una casita tan falta de lujo como sobrada de decoro. ¡Milagros de la solidaridad!



Caminante, no hay camino



La Hermanas, encaminándose hacia un caserío

En ese mismo ámbito solidario, quiero incluir a quienes, en primera línea, van canalizando allí nuestros desvelos. Al no tener Fratisa presencia física en Tamahú, necesitamos forzosamente un equipo cooperante que haga realidad nuestros anhelos. Por fortuna lo tenemos.

Son nada menos que ocho personas. Todo un lujo en aquellos lares. Al margen de los encomiables esfuerzos de nuestro representante, Raúl Leal, quiero resaltar el espíritu de lucha con el que no cesa de sorprendernos el nuevo párroco, P. Denis López. Añadamos a ello la sana inquietud apostólica de las seis Hermanas Misioneras de la Eucaristía, que forman un admirable equipo de trabajo.

Contamos también con el apoyo logístico de Asumta, la ONG con la que no cesamos de estrechar vínculos. De hecho, desde hace dos años, la pastoral de enfermos en la parroquia de Tamahú viene gestionada por el tándem Asumta-Fratista. Tal consorcio resulta muy eficaz, ya que –con el respaldo económico de ambas instituciones– se alcanzan cotas de otra forma inasequibles. Entre todos (los de acá y los de allá), logramos descubrir a Dios en la desventura del pobre. Y ayudándolo, intentamos vivir el evangelio en los tiempos de la pandemia.



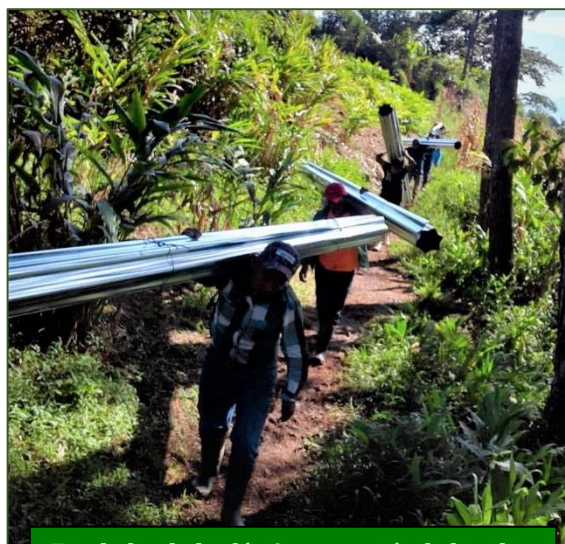
Llegada del material para la construcción de una vivienda

Durante casi todo septiembre nos hemos quedado sin la cooperación de las Hermanas. Ya nos habían advertido que –en el transcurso de ese mes– no iban a estar en condiciones de repartir alimentos. Y no por falta de ganas, sino por compromisos institucionales. De hecho, se iban a reunir todas en su casa madre de san Andrés Semetabaj, para celebrar su capítulo general donde elegirían a su nuevo equipo de gobierno. Nos consta que ya han nombrado a la nueva Superiora General. Solo nos resta

pedir a Dios que, tanto a ella como a su consejo, las ilumine para que puedan seguir abriendo horizontes a su pequeña congregación (son unas cuarenta), integrada en su totalidad por religiosas indígenas. Albergamos la esperanza de que su bloque de Tamahú continúe erigiéndose de nuevo (octubre) en portavoz de los sin voz.

Ya lo están siendo desde siempre, pero más aún en estos rudos tiempos del coronavirus. Es de admirar cómo se adentran hasta en los más remotos caseríos, haciendo suyos los famosos versos de Antonio Machado: «Caminante, no hay camino; se hace camino al andar». En sus largos recorridos, sea a campo traviesa o sea por vericuetos más aptos para cabras que para personas, experimentan en propia carne el crudo realismo de la tan manida poesía machadiana. Sabemos que, incluso en la primera semana de septiembre, aunque sin repartir víveres, no han cesado de visitar a los aldeanos, cuyas comunidades (hasta cuatro horas de camino) no acostumbran a recibir foráneos.

Las Hermanas, desafiando incluso a la meteorología, se personan en esos rincones serranos en busca de las familias a las que más apremie ayudar. Y a veces nos sorprenden enviando un breve reportaje de alguna mísera vivienda, a la espera de que nosotros les construyamos una mejor. Es nuestro representante Raúl quien –con la anuencia de Fratista– toma en cada caso la decisión. Mas a veces no podría hacerlo sin el previo asesoramiento de las Hermanas. En octubre, esperamos seguir trabajando juntos para ir temperando las más acuciantes necesidades. Pienso que nos complementamos muy bien. Ellas ansían ayudar, pero carecen de recursos crematísticos. Nosotros tenemos esos recursos, pero nos falta quién los convierta en comida, en medicamentos o en casitas. Al alimón, vamos más allá de las puras teorías. Conseguimos evangelizar ayudando.



Trasladando las láminas a través de la selva

Otro de nuestros puntales es sin duda el párroco. Lo veo como una persona infatigable. Y ello a pesar de sus limitaciones físicas. De hecho, hace escasos días, al comunicarme con él, me compartía los proble-

mas de su trombosis crónica. Con motivo de la ayuda prestada a las Hermanas para el reparto de víveres (él dispone de un todoterreno), forzó en exceso una rodilla y, desde hace casi un mes, anda renqueante. Por eso, aun sobrándole ansias de distribuir alimentos, ve que de momento no le responden las fuerzas.



Raúl sabe que no basta con ayudar; también hay que educar

Aun así, animoso en grado sumo, me ha garantizado que, tras unos días más de relativo reposo, reanudará sus campañas de «evangelización alimentaria». Parece que le sobran bríos para seguir ofreciendo comida a quienes (olvidados por tirios y troyanos) pugnan por ahuyentar el derrotismo. El P. Denis no se arredra.

Lo que ciertamente no le falta es trabajo. A causa del covid-19, los actos de culto quedaron suprimidos durante varios meses en toda la república guatemalteca. Hace apenas un par de semanas que se ha vuelto a encender el semáforo verde. Y ello le ha permitido pulsar una situación del todo novedosa. Le ha resultado muy

grato constatar cómo cada comunidad rural le pedía con ahínco la celebración de una eucaristía en su caserío para agradecer a Dios que les haya librado (hasta ahora) del pandemónium epidémico. De hecho, en toda su parroquia solo se han consignado tres casos de contagio, uno de los cuales ya está controlado.

Aunque le fascine el espíritu religioso de sus parroquianos, solo puede complacerlos a cuentagotas. Y para ello a veces ha de celebrar varias misas en un mismo día y en diversos lugares. Lo hace con gusto, mas no sin esfuerzo. La pastoral sacramentaria ha sufrido también un serio revés. Durante casi medio año, su feligresía se ha quedado sin bautizos, sin confirmaciones y sin matrimonios. Pues bien, ahora Denis se ve precisado a recuperar el tiempo perdido. Cuando no tiene doce bautizos en una aldea, se le presentan tres matrimonios en otra. Y así es cómo –sin prisa, pero sin tregua– intenta ponerse al día. Sin que jamás decaiga su ánimo, a veces se ve desbordado por las circunstancias. Él sabe que cuenta con nuestro apoyo.



La decimoctava vivienda levantada por Fratisa

Capítulo aparte merece la labor que está realizando nuestro representante Raúl. Sobre sus espaldas recae la gestión puntual de la pastoral de enfermos. Dos o tres veces por semana viaja a Cobán (hora y cuarto de camino) con un grupo de discapacitados que reciben allí esmerada atención con una amplia gama de terapias. Este mes le ha surgido un contratiempo, debido a la cuarentena del doctor que dirige el centro. Y no es que él se contagiara. Solo había estado en contacto con una persona que dio positivo. Durante su confinamiento, el centro de rehabilitación permaneció cerrado. Mas, una vez recobrada la normalidad, Raúl siguió llevando a nuestros pacientes como si nada hubiera ocurrido. Da gusto constatar que, lejos de ser alarmista, nunca deja de estar dispuesto a conquistar nuevas metas.

Aunque él siempre me lo consulte, sabe de antemano que Fratisa, al descubrir cómo algunas familias viven casi a la intemperie, está pronta a levantar una sencilla vivienda de madera y lámina para quienes más la precisen. Por

supuesto, al ser nuestros recursos muy limitados, le hemos indicado que solo podemos construir un máximo de dos casitas al mes. Pues bien, así lo viene haciendo con meticulosa puntualidad. Incluso me ha hecho saber que tiene ya a otras diez familias en su lista de espera. Y no se vaya a pensar que Raúl

otorgue sin más una casa a quien se la solicita. A la hora de dar el visto bueno, es bastante minucioso. Hace un detallado estudio de su situación socioeconómica y exige que los nuevos dueños acrediten con escrituras ser los propietarios del terreno.

Este mes ya se ha terminado la decimoctava vivienda financiada por Fratisa. Y no ha resultado fácil. Por estar en pleno periodo de lluvias, muchos días –según él mismo nos atestigua– comienza sin más a jarrear de forma casi torrencial. Ello, como es obvio, exige interrumpir los trabajos. Pues bien, Raúl, sin perder su calma, es muy consciente de que lo que no pueda hacerse hoy, quizá podrá hacerse mañana. Lo cierto es que, con lluvia o sin ella, Fratisa levanta dos nuevas viviendas al mes. Y lo más sorprendente es que, hasta la fecha, siempre ha conseguido mano de obra gratuita. Logros así no están al alcance de todos.

Antes de finalizar este informe, quiero compartir una estampa humana que me parece muy tierna. Es posible que más de un lector se acuerde del joven Giovani (se expuso su caso en nuestro Boletín, nº 78), a quien se le había diagnosticado una neurofibromatosis, tipo 1. Ello le provocó un tumor en su párpado izquierdo, impidiéndole la visión en aquel ojo. Tras ponernos de acuerdo con Asumta para compartir gastos, se decidió someterle a una intervención quirúrgica, cuyos resultados solo fueron medianamente satisfactorios. Pero lo peor fue que, al brotarle otro tumor cerca de la columna vertebral, lo postró en una silla de ruedas.

Tras varios análisis y exámenes, se procedió a una nueva operación. Y esta, en un primer momento, tampoco surtió el efecto deseado. Más bien Giovani continuó en su silla de ruedas. No obstante, gracias a su tenacidad y a la eficacia de la rehabilitación (sin olvidar la ayuda de Dios), vemos con sumo agrado que ya camina de nuevo. El pasado mes de marzo, al llegar nosotros a Tamahú, aún seguía postrado. En cambio, hace apenas una semana, recibí una foto suya con la grata noticia de que, no solo anda, sino que a veces incluso acompaña a Raúl en sus visitas a los caseríos. Giovani en ningún momento tiró la toalla. Contra viento y marea, siempre albergó la ilusión de reponerse. Y con júbilo puedo consignar que sus deseos se están colmando.

¡Dios nunca abandona a quien en Él confía!



Giovani, recorriendo la selva

Las desventuras de Luisa

Antonio Salas

Me consta desde no sé cuándo que Raúl nunca inventa. Se limita a relatar. Y lo que me refirió hace apenas unos días me parece digno de compartir, pues me ha ayudado a comprender mejor el triste sino de muchas mujeres indígenas, lacradas por una cultura de puro etiquetado machista. Lo que le ha ocurrido a Luisa es un simple botón de muestra. Y, sin más, lo paso a narrar.

Uno de esos días en los que a Raúl le sobraban un par de horas, iba paseando por una zona boscosa, tras uno de cuyos recodos se ocultaba una chocita con pretensiones de vivienda. Ya en alguna otra ocasión había pasado por allí, impactándole la precariedad de aquella covacha. ¿Estaría habitada? Era

la pregunta que siempre se formulaba, pues jamás se había topado con nadie por aquellos andurriales. Pues bien, en esta postrera ocasión el eco de unas voces femeninas ahuyentó su perplejidad. Como

robadas a un cuento de hadas, salieron de la penumbra dos mujeres –Candelaria (65 años) y Luisa (29 años)– coreadas por dos chiquillos –Claudia (9 años) y Jesson (3 años)–.



Raúl, en compañía de toda la familia

Su asombro era mayúsculo, pues nadie suele acercarse hasta allí. Para distender su comprensible recelo, Raúl se puso a cantarles una canción, en cuyo texto figuraba la palabra «pastel». Al proferirla, él mismo la entendió como insulto. ¿Hablar de pasteles ante unas gentes, cuya pobreza era tan extrema que parecían alimentarse solo de hambre? Para enderezar su entuerto, compró en una tiendita cercana unos cuantos refrescos y galletas a granel. Con tan suculentas vituallas se celebró un improvisado

banquete, mientras el pequeño Jesson se acurrucaba junto a

Raúl en busca de alguna caricia. Y fue entonces cuando Luisa comenzó a referirle su odisea.

Hace como unos diez años, tuvo un romance con un muchacho de un pueblo bastante lejano. Un día, sin previo aviso, su amante la subió en su coche y se la llevó a vivir con él. Tardó muy poco en hacerle un hijo (o mejor, una hija). Al percatarse del descuido, quiso obligarla a abortar con remedios caseros, a lo que ella se negó. Fue tan en aumento la tensión entre ambos que su amor acabó cediendo la primacía al odio. El enfrentamiento llegó a ser visceral. Ella lo demandó, pero el abogado del mancebo hizo inútiles todos sus esfuerzos. De repente, se esfumó, dejándola con su regalo que, unos meses después, acabaría recibiendo el nombre de Claudia. De su padre nunca más se supo. Hasta aquí, apenas se sobrepasan los parámetros de lo normal. La tragedia vino después.



El pequeño Jesson, con muchas ansias de vivir

Al saberse abandonada, Luisa trató de rehacer su vida. Se instaló en otro pueblo donde encontró un trabajo como



El encanto de Claudia

mesera en un pequeño restaurante, cuya dueña le pagaba un salario justo. Dos meses después, le entraron ganas de visitar a su madre. Pues bien, al ponerse en camino, salieron de un coche dos desconocidos que la secuestraron sin más, mientras le iban propinando una virulenta golpiza. Le taparon los ojos, la amordazaron, le robaron el dinero, haciéndole un boquete en su huipil. Ambos secuestradores la violaron con saña, le hicieron con un cuchillo varios cortes en las manos, la golpearon con tanta violencia en la cabeza que sería preciso darle en su momento doce puntos de sutura. Y una vez aligerada de dinero y de honra, con la ropa ensangrentada,

la arrojaron a una alcantarilla, más muerta que viva. La muchacha se iba desangrando, aunque apenas se percatara, pues la habían dejado casi inconsciente. Por fortuna, alguien lo había visto todo desde lejos (en el mundo indígena, siempre suele haber «alguien» que observa). Se apresuró a llamar a las unidades

de socorro, las cuales se personaron en el escenario, de donde fue llevada sin demora al hospital de Cobán. Y allí permaneció varias semanas en cuidados intensivos.

Tuvieron que repararle la cabeza y, para cubrir su cuero cabelludo, le prestaron una peluca de emergencia. Nadie supo nada del incidente, salvo su patrona que la aceptó en su casa donde la trató con todo mimo.



Las vivencias del pasado ayudan a programar el futuro

Luisa tardó en reponerse. Pero al fin lo consiguió. Sin embargo, muy poco le duró la alegría, ya que casi de inmediato sintió que sus violadores de nuevo la habían embarazado. Tal era al menos su impresión. Tras confirmarle los médicos que sus sospechas eran fundadas, Luisa tuvo un violento ataque de histeria. Gritaba sin tregua, pidiendo con desgarramiento a los doctores que la ayudaran a liberarse de su niño. No lo quería. Nada ansiaba tanto como abortar. Había llegado a asumir su raptó, sus lesiones corporales, su humillación y su vergüenza. Pero le aterraba pensar que, unos meses después, sus ojos se toparan con el fruto de tan deleznable tropelía.

Estaba desesperada. Para más inri, nadie la entendía en su idioma y ella no hablaba español. Tuvieron que pasar varios días hasta que –¡por fin!– una señora pudo comunicarse con ella. Tras sincerarse, le aconsejó que cuidara de su futuro bebé. Si lo hacía, Dios la iba a bendecir. De lo contrario, no borraría su baldón por muchos años que viviera. La buena señora la hizo entrar en razón. Y Luisa acabó

pactando con su tragedia. No

tenía dinero para alimentar a Claudia y ahora de repente se estaba gestando en su vientre un proyecto de persona que, unos meses después, sería una boca más que alimentar. Echándole coraje, se doblegó.

Huelga decir que, a su debido tiempo, nacería ese mismo Jesson a quien Raúl estaba arrullando en tanto su abuela le miraba con ternura y su mamá no cesaba de transpirar gratitud. Para Raúl fue un momento preñado de ternura. Tras someter a Luisa a un concienzudo interrogatorio, vio claro que cuanto le decía era verdad. Mientras contemplaba al pequeño Jesson, mal podía contener su emoción. Le costaba asumir que, de un hecho tan repugnante, hubiera podido salir una realidad tan hermosa. El candor del niño le cautivó. Tras un fecundo diálogo, constató con júbilo que Luisa seguía trabajando. Y con su exiguo salario lograba alimentar a su mamá, ya anciana, y a sus dos retoños que no cesaban de abrirse a la vida.



Luisa también recibe su complejo vitamínico

Raúl los incorporó a todos en su listado de familias a las que Fratisa agasaja con una bolsa mensual de alimentos. Ya de regreso a su hogar, no cesaba de preguntarse: «Y a una mujer así, ¿se la considera madre soltera?». ¡Qué manera tan estúpida de tergiversar la realidad! Ojalá, en esos ambientes indígenas, de tan marcado marchamo machista, se acabe comprendiendo –hoy mejor que mañana– que una mujer no es un objeto de uso y abuso, sino un ser hecho a imagen del propio Dios.

Esa es la igualdad por la que llevamos tanto tiempo suspirando.

Ayuda humanitaria - Septiembre 2020

Raúl Leal

Casi con orgullo puedo consignar que, en el mes de septiembre, se han cubierto con creces todos nuestros objetivos. Me da gusto sobre todo que las dos programadas casitas, que Fratisa me ha encomendado levantar, ya están sirviendo para que sendas familias muy humildes dejen de morar casi a cielo raso. En principio, la construcción de modestas viviendas –las hacemos solo de madera y lámina– no debería ofrecer dificultad. Pero sí que la ofrece. Y ello se debe sobre todo a que estamos en la época de las lluvias, que suelen dejarse sentir casi a diario. Tanto que a veces no puede realizarse lo programado. No obstante, con la ayuda divina y el esfuerzo humano, dos viviendas han sido entregadas a sus nuevos moradores, cuyo júbilo resulta fácil de imaginar.

Tampoco hemos querido descuidar el reparto de alimentos. Soy muy consciente de que los sacos de víveres ofrecidos no sirven para que con su contenido una familia numerosa se pueda alimentar. Mas, aun así, la ayuda es muy valiosa. Los aldeanos pobres acostumbran a comer simples tortillas de maíz, aderezadas con hierbas del campo. Y, por supuesto, quienes disponen de algunas gallinas, pueden regalarse de vez en cuando unos huevos a la piedra. Pero,



Comer, en los tiempos de la pandemia

al ofrecerles otros alimentos, estos les sirven para combatir la desnutrición. Hambre casi no suelen pasar. Pero pocos son lo que no estén bastante desnutridos.

También salimos al quite cuando alguien nos expone una necesidad puntual. Si está en nuestra mano complacerle, nos aprestamos a hacerlo. Así podrá verse en lo que expongo a continuación.

Reparto de alimentos

Me había puesto de acuerdo con Fátima para repartir al menos unas cien bolsas de víveres. Fue a mediados de mes cuando, previa autorización del señor Vinicio Gama-



Las láminas para Leonardo

ro, en las instalaciones de Asumta se procedió a hacer entrega de cincuenta despensas a otras tantas familias que, al tenerlas ya inscritas, quedan incorporadas al programa «corazón humanitario», con el que Fratisa desea aminorar el problema de la desnutrición que cada vez se va intensificado más entre quienes viven en los caseríos. Al formar parte del programa de Fratisa, ese reparto mensual queda ya institucionalizado, por lo que resulta menos sorprendente.

Lo que sí causó impacto fue el hecho de que Fratisa me invitara a repartir otras cincuenta bolsas «extra», para paliar con ellas los estragos de la pandemia. Como beneficiarios, elegí a muchos pobres que viven en los arrabales del núcleo urbano. Por no residir en las aldeas, se supone que cuentan con más medios de subsistencia. Tal es cuando menos la teoría. Sin embargo, en la práctica se ve que



El nutrido equipo de trabajadores para la casa de Quej Ja

cada vez van siendo más quienes pagan allí tributo a una hambruna que en estos meses no cesa de afianzarse. Me impresionó el alborozo de esas cincuenta nuevas familias que, al no estar inscritas en el programa, nada esperaban recibir. Las gratas sorpresas acostumbran a generar júbilo. Si alguien lo duda, que se lo pregunte a nuestros arrabaleros de Tamahú. La mayoría de los beneficiados me inculcó que agradeciera en su nombre a los amigos españoles de Fratista el interés que muestran por ellos.

Las láminas para Leonardo

En una de mis visitas a Leonardo Quib Tut, cuya vivienda era un destartalado cuchitril, me había solicitado que Fratista le construyese una casita. Al ahondar en su situación, vi de inmediato que su deseo no podía verse colmado, ya que el terreno no era de su propiedad. Y así se lo hice saber. Leonardo lo comprendió, mas no por ello se dio por vencido. Estando su techumbre llena de goteras, me pidió renovarla con un laminado nuevo. Así se lo expuse a Fátima, quien de inmediato me dio la autorización.

Leonardo se puso muy contento al confirmarle que podíamos complacerlo. Y así lo hice un par de días después. Al retornar de las terapias en Fundabiem, hice la compra de ocho láminas de doce pies de largo, pagando también el flete para su transporte.

Leonardo ya me estaba esperando con cierta ansiedad. Le proporcioné la mercancía en nombre de Fratista. Aunque mis planes eran ayudarlo a colocarla, al ver que se me había hecho tarde, se lo encomendé a él. Casi se alegró, pues –según me dijo– aprovecharía el momento para levantar algo más el techo de su humilde vivienda. Obviamente, respeté su decisión. Su esposa Elvira me obsequió con un par de huevos y cinco güisquiles, que yo le agradecí de corazón. A veces los más pobres son los más generosos.



La casa, antes y después

Una casita para la familia Quej Ja

A pesar de las inconveniencias, se pudo finalizar la construcción de una pequeña vivienda (35 metros cuadrados) para la familia Quej Ja. Uno de los mayores problemas, amén de las lluvias pertinaces, la planteó la mano de obra. Hasta la fecha, he conseguido que siempre sea gratuita. Ignoro si en el futuro será igual. Es este un factor de bastante importancia. Pero, en el caso de esta familia, no me resultó fácil lograrlo. Si bien en un principio parecía que disponíamos de muchos voluntarios, al llegar el momento de la verdad a ninguno le faltó su correspondiente excusa. Me acordé de la parábola evangélica. Los parientes cercanos decían tener no sé qué compromisos. Los vecinos miraron hacia otra parte. Los miembros de la comunidad religiosa se excusaron diciendo que les había surgido un imprevisto. Total, me quedé casi solo.



Los trajadores para la casa de Tut Xol

Menos mal que, en casos así, me siento con la confianza de recurrir a mis queridos pancojenses. Y estos no me fallaron. Sin que les importara la inclemencia climática, en el momento convenido estaban a pie de obra. Y, entre todos, no sin esfuerzo, pero siempre con buen humor, vimos cómo la nueva vivienda en tres días se había hecho realidad. Sus nuevos dueños no salían de su asombro. Les pasmó comprobar cómo un equipo de un caserío lejano estaba tan conjuntado conmigo, pues en ningún momento dejaron

de seguir mis indicaciones. Tuve la alegría de entregar la casita a sus nuevos dueños casi en la fecha acordada. No se lo podían creer. Mas su estupefacción no les impidió expresar su gratitud.

La vivienda para la familia Tut Xol

Esta familia, que vive en la aldea de Naxombal, está integrada por siete miembros. El padre, Martín Rigoberto (50 años) y la madre, Adelia (44 años). Tienen cuatro hijos y una nieta: Lucrecia Guisela (17 años), la cual es a su vez madre del bebé Escarleth Eulalia (4 meses), Aurora (14 años), Teodoro Alfonso (12 años) y Celestina (9 años). Es una familia bien avenida, con muy pocos recursos, pero con muchas ganas de mejorar su estatus y sobre todo su calidad de vida. Tras la experiencia de la familia anterior,



Los avances de la obra

opté por buscar la mano de obra entre mis pancojenses, por más que –al llegar el momento– contara también con el apoyo de algunos familiares y vecinos de los beneficiados.

El día de autos (24 de septiembre), desde muy temprano decidí calibrar las llantas de mi carrito, pues tenía planeado realizar dos viajes para subirlos a todos hasta Naxombal. Sabía que con un solo viaje iba a resultar imposible, pues las cuestas son muy pronunciadas. Aunque en un principio había pensado recogerlos en Purulhá, previendo los problemas, les invité a que ellos bajaran caminando hasta Tamahú (son «solo» dos horas y media). Y así lo hicieron. Dio entonces la coincidencia que un señor, dueño de un todoterreno, al exponerle lo que deseábamos hacer, quiso cooperar llevándonos a todos hasta la aldea. También se ofreció a recogerlos por la tarde. No creo necesario añadir que le pagué la gasolina. Era lo menos que podía hacer como agradecimiento. Pues bien, en su vehículo, llegamos hasta la ermita de Naxombal, desde donde, con las láminas en hombros, procedimos a conducirnos a través de las veredas hasta llegar a nuestro destino. La sorpresa fue mayúscula al constatar que en el sitio de la construcción había ya cinco personas allanando el terreno y haciendo los preparativos pertinentes. Se lo agradecí en el alma, pues su ayuda nos resultó providencial. Por fortuna, ese día no llovió. Entre todos, levantamos y fijamos el maderamen para después colocar las láminas en la techumbre. Por la tarde, la obra quedó muy avanzada.

Ya de regreso a Tamahú con mis pancojenses, capté que susurraban entre ellos pensando en la posibilidad de que yo me animara a llevarlos en mi carro hasta el caserío de Eben Ezer, que les queda bastante más cerca. Sin embargo, yo tenía otro plan. Mientras ellos parloteaban, me escurrí. Al cabo de unos minutos, regresé con comida rápida (varios pollos asados), con unos pasteles y con bastantes refrescos. Y no solo eso. También había comprado tres pares de botas de hule para quienes tenían casi inservible su calzado. Mi gesto les llegó. Tanto que, renunciando a que yo los llevara, me pidieron más comida y más pares de botas para algunos de sus niños que casi iban descalzos. Fue magnífico, pues –sin necesidad de hacer trato alguno– quedó convenido que su paga consistiría en alimentos, así como también en algunas botas de campo.



Culminación de la obra

Al día siguiente, con la ayuda de Martín Rigoberto y otros voluntarios, pude rematar los detalles. Acto seguido, procedimos a la solemne entrega de la vivienda. Y fue entonces cuando Adelia (la mamá), me indicó varias veces en su idioma que, si bien no conocía a ningún miembro de Fratista, a todos les

expresaba su más profunda gratitud. Fue un momento emotivo. Dado que me acompañaba mi buen amigo Giovanni (más de un año estuvo postrado en su silla de ruedas), entre los dos les hicimos las recomendaciones oportunas, emprendiendo de inmediato el regreso a Tamahú. Aunque había sido un día menos duro, por la noche noté que mis huesos me pasaban factura del cansancio acumulado durante la jornada anterior. Pero me solazaba comprobar que nuestra obra solidaria –que yo con tanto gusto intento impulsar– no cesa de abrir brecha. Es la decimoctava casa financiada por Fratisa. No sé cómo, pero tengo claro que Dios nos premiará tanto esfuerzo. No en vano todo lo hacemos para dar vida al mensaje evangélico, donde Jesús siempre muestra una predilección muy especial por los pobres y por los marginados.

Pastoral de enfermos - Septiembre 2020

Raúl Leal

✓ **alga** decir ante todo que, durante el mes de septiembre, nuestros viajes a Cobán (Fundabiem) han sufrido algunas interrupciones, debidas al confinamiento del director del centro. Pero todo lo demás ha funcionado con normalidad. Se ha intentado sobre todo que, a pesar del covid-19, ninguno de nuestros pacientes se viera privado de su medicación. Es este un punto sobre el que siempre insisten nuestros médicos.

Para que facilitar el seguimiento prestado a nuestros pacientes, se me ha ocurrido ofrecer este mes unos



- La doctora, atendiendo a un paciente
- Me siento feliz al ser atendido en la pastoral de enfermos
- Él ya ha superado la desnutrición

cuadros en los que trato de sintetizar lo que estamos haciendo por ellos. Obviamente en tales cuadros no figuran quienes reciben atención una sola vez, cual es el caso –entre otros– de las extracciones de

muelas, que cada vez van siendo más frecuentes. Tampoco aparece el proceso de nuestros tres pacientes de of

talmología. Se les ha brindado una intervención quirúrgica en los ojos, con tal que ellos aporten la mitad del capital. Así se había convenido. Sin embargo, a causa del coronavirus, no hay trabajo, no hay capital y por lo mismo tampoco pueden cooperar con su parte. Aunque veo que todo ello puede ser cierto, prefiero dejarlo para otro mes. Así se evitará que se aprovechen de las circunstancias.

Puedo garantizar que estoy muy contento con la marcha de nuestra pastoral de enfermos. Llevo bastantes años gestionándola en la parroquia de Tamahú. No en vano quienes acusan alguna minusvalía tenían robado desde siempre el corazón de su párroco, el P. Felipe. El los cuidaba con todo mimo, cual si fueran (lo eran) un añadido esencial a sus labores pastorales y sacramentarias. Al ver que el número de pacientes cada vez aumentaba más, aprovechando la presencia del D. Xavier Wiechers (Asumta) y del P. Antonio con Fátima (Fratisa), les pidió su apoyo para que ambas asociaciones gestionaran en el futuro una obra que él, aun con esfuerzos titánicos, no podía atender como le hubiera gustado hacerlo. Sus ocupaciones como párroco no le dejaban tiempo para cuidarlos con su acostumbrada dedicación.

Intuí en aquel momento que, con ese nuevo impulso, el gremio de los marginados acabaría erigiéndose en protagonista. Aun sin tener estadísticas al respecto, creo que pocas parroquias guatemaltecas velan

con tanto celo por el bienestar de sus enfermos. Al comienzo, me limitaba a viajar dos veces por semana a Fundabiem (Cobán), donde nuestros discapacitados recibían las más variopintas terapias. Pues bien, ahora lo hago tres días y apenas doy abasto. Dado que, durante este mes, el centro ha permanecido dos semanas cerrado a causa del covid-19, me ha dado tiempo para reflexionar sobre lo que se hace y, por supuesto, sobre lo que deberá hacerse en un futuro muy próximo.

Me sorprendí a mí mismo al evocar cómo, hace apenas dos años, nos provocaba un enorme júbilo saber que unos seis o siete pacientes se beneficiaban con nuestro esfuerzo pastoral. Pues bien, ahora su número no cesa de crecer. En un primer momento, me pasó por la cabeza plasmar en unos recuadros los avances de nuestra obra. Pero, tras pensarlo mejor, me ha parecido que su lectura podría resultar tediosa. Por eso, me limito a consignar que actualmente son ya dieciséis quienes se benefician con las terapias de Fundabiem. Y no creo ejercer de pitoniso pronosticando que muy pronto el número de demandas acabará desbordando nuestras posibilidades de ofertas. Tiempo al tiempo.

Pero no es ahí donde termina nuestro compromiso. Tenemos además a diecisiete personas que, de una forma y otra, reciben tratamiento neurológico. Y en él lo más costoso no son las consultas médicas sino las medicinas. Estas nunca les han faltado pues, a pesar de las restricciones impuestas por la pandemia, he mantenido contacto con los neurólogos quienes –vía telefónica– me han ido indicando cómo adquirir y administrar los medicamentos pertinentes. Ahora ya se está recobrando la normalidad. Y con ella presiento que crecerá también nuestro número de pacientes. Y es que, a causa del confinamiento, hemos visitado muchos caseríos del todo alejados, donde apenas llegaban forasteros. Y, al pulsar de cerca su realidad, hemos descubierto que era mucho más sangrante de lo que pudiéramos haber imaginado. Son muchas allí las personas que, ante cualquier lacra o dolencia (física o psíquica), se ven condenadas a un ignominioso ostracismo. Y no porque sus familiares así lo quieran, sino porque ignoran adónde acudir en busca de ayuda. Al brindársela nosotros, no pueden ocultar su estupor. Este muy pronto se traducirá en una afluencia de pacientes que quizá nos rebase.

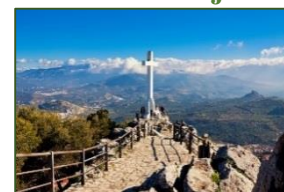
Y, ¿qué decir de los bebés desnutridos? Me he topado con casos realmente dramáticos. Desde papás que (tras la muerte de su esposa) los alimentan con puro té de hierbas hasta mamás que –al quedarse sin leche– los someten a una dieta de casi sola agua, que con frecuencia acaba llevándolos a la tumba. Hace menos de un año que ofrecíamos leche pediátrica a un par de bebés. Actualmente son ya once los inscritos en nuestro programa. Acaso alguien se pregunte: ¿y por qué no más? No siempre resulta fácil ahuyentar los prejuicios de los indígenas. Acostumbrados a no recibir nada de nadie, reaccionan con recelo al comprobar que alguien desea ocuparse de ellos. Aunque acaben doblegándose, a veces se requiere cierto tiempo. No es fácil cambiar de la noche a la mañana la cerrazón de quienes llevan siglos acopiando menosprecio. Desde luego, seguiremos intentándolo.

¡Dios ayuda!

Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Despidiendo el verano, en esta ocasión nos hemos decidido por ir a campo abierto con la idea de ver el horizonte lejano, las montañas, los valles, las manchas blancas en la lejanía que son los pueblitos repartidos entre breñas y valles, y con ello, limpiar nuestra mente y tomar fuerzas para seguir el camino. Era un poco como acercarnos a Tamahú y trepar por esos caminos que recorre Raúl cuando se dirige a realizar su apostolado de ayuda a nuestros hermanos, unas veces para mejorar sus condiciones de vida y otras para llenar las despensas que siempre están vacías. En este propósito hemos ido a Jaén donde hemos subido al Mirador de la Cruz a cumplir el deseo. No encontramos campana que



tañer pero sí una Cruz que nos recuerda al Jesús que se sacrificó por todos nosotros, y nosotros, después de más de veinte siglos, todavía no hemos sido capaces de comprender su enseñanza. A falta de campanas que tañer, hemos rezado cantando el padrenuestro en aquel picacho y, como siempre, hemos pedido a Nuestro Señor por todas las personas que en el mundo carecen de lo más imprescindible, y, en esta ocasión, por cuantos en España, y en el mundo entero, están padeciendo el covid19, bien directamente, bien indirectamente al encontrarse sin medios para sacar adelante a la familia.

Si quieres hacer una aportación periódica, te sugerimos nos envíes el boletín adjunto, una vez relleno con tus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra tu cuenta corriente con la periodicidad e importe que nos indiques.

Nombre _____ Teléfono fijo _____
Móvil _____ Fax _____ Correo-e _____
Dirección _____ n° _____ Piso _____
Localidad _____ CP _____ Provincia _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € mes)

Nº de cuenta Iban: ES ____ . ____ . ____ . ____ . ____ . ____

Cuota: Mensual; Trimestral; Semestral; Anual; donativo único

Titular de la cuenta _____

También puedes hacer tu donación ingresando en la cuenta abierta a nombre de Fratisa en Deutsche Bank, Bravo Murillo 359, de Madrid

Iban ES27.0019.0353.5440.1004.1772